

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 21 Enero de 1893

Núm. 34

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



UNA CANCIÓN.—CUADRO DE TEODORO GRUST

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — Polvos y lodos, por el P. LUIS COLOMA. — ¿Quién es ella? (poesía), por MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS. — Plantas y flores, por E. N. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos. — Advertencias.

Grabados. — Una canción, cuadro de TEODORO GRUST. — Enseñando la Doctrina, cuadro de JOSÉ BENLLIURE. — El perro vengador.



Crónica

La agitada situación por que atraviesa Europa, y á la que ha añadido leña la cuestión del canal de Panamá, es causa de que todas las malas levaduras fermenten doblemente, apareciendo más á la superficie las doctrinas perniciosas sociales y políticas. El socialismo, en todas sus variadas formas, y el anarquismo, que se mantienen siempre ojo avizor, han sacado más afuera la cabeza en estos días, notándose en París, en Londres, en Berlín y en otras capitales, síntomas graves que deberían hacer más previsores á los gobiernos del día, si no estuviesen éstos también inficionados de un virus revolucionario y demoledor. En Londres, socialistas y anarquistas, han visto que las manifestaciones en *Trafalgar Square* no producían ya efecto, y no considerándose aún con fuerzas para librar batalla en calles y plazas, han cambiado la forma de propaganda ó, mejor dicho, la manera de producir desorden é inquietud. Para este fin eligieron uno de los templos protestantes mayores y más concurridos de Londres, al que acudieron en el número que se les consintió, pero número bastante para alborotar y escandalizar en aquel local. Allí los congregados para fines religiosos de su secta hubieron de contemplar cómo aquellas gentes entraban en el templo cantando á grito pelado la *Marsellesa*, cómo interrumpían al orador que dirigía la palabra al auditorio en el servicio religioso, y cómo se retiraban repitiendo de nuevo aquel canto revolucionario. Por más graves tenemos estas manifestaciones que los mismos *meetings* en *Trafalgar Square* con procesiones por *Regent Street*. Hace tiempo que en Inglaterra juega el gobierno con fuego, creyendo acaso que por la índole de aquel pueblo ciertos desahogos no han de tener la trascendencia que ofrecen en el continente. ¡Quiera Dios que no se equivoque en bien general de Europa!

* * *

En París, la inquietud por idénticas causas aparece más y más cada día. He ahí lo que escribe el batallador Paul de Cassagnac en *L'Autorité*:

«El resultado más claro, dice, de los escándalos en el asunto del canal de Panamá, es la organización de la insurrección por los socialistas.

»Lo más grave, empero, es la entrada en escena de los socialistas conocidos, que tienen un nombre más ó menos ilustre dentro del partido.

»Esta organización de la resistencia y de la fuerza, este ruidoso y público llamamiento á la insurrección, encuentra quien lo aplaude, hasta en la *Petite République Française*, dirigida por M. Goblet, senador por el departamento del Sena y ex presidente del Consejo de Ministros.

»Se ha escrito «que todos los oradores han dicho excelentes cosas» y que los ciudadanos Camelinat, Alleme y Guesde «han hablado muy oportunamente.»

»Ya lo veis, se lleva adelante del modo más fraternal del mundo la alianza de los radicales y de los socialistas, en otro tiempo predicada en Lyon por M. Millerand.»

Revolucionarios, socialistas, anarquistas y otros por el mismo estilo celebraron una reunión en un local de París que trae inquieto á *Le Siècle*, y contra la cual pide represión enérgica *La Lanterne*, por cuyo motivo se la ha calificado de burguesa. El *Moniteur* dice con razón á este propósito:

«No diremos con la complicidad, escribe dicho periódico, pero sí con la tolerancia del gobierno, los revolucionarios, aliados suyos en los días de elecciones contra los conservadores, han podido levantar cabeza, reunir á sus parciales, ensanchar su propaganda é instalar las oficinas de los estados mayores en la Bolsa del Trabajo, y en provincias en los sindicatos socialistas y en las oficinas de ciertas alcaldías.

»Han obtenido leyes contra los amos y los propietarios; ahora quieren su turno en el poder, lo cual no es cosa tan inconsecuente que digamos.»

Por otra parte, las entrevistas celebradas por *Le Matin* reducen las palabras incendiarias á meras catacresis, parábolas y antinomias. Habiendo preguntado el redactor que tuvo las entrevistas «cuándo se emprendería la marcha,» uno de los oradores que preconizó esta operación estratégica, no pudiendo negar la palabra pronunciada por él, dijo: «¡Oh! eso no fué más que una sencilla figura retórica empleada en el calor de la discusión: en medio del alboroto es muy excusable.»

Explicación que comenta *Le Jour* con los siguientes párrafos de oro:

«Hay en la ciudad muchos pobres diablos que no saben nada de retórica y que se dejan engañar por palabras de grande efecto, que se tragan lo mismo que píldoras. Estos, en realidad, saldrían á la calle, mientras los consejeros de la Casa del Pueblo, que les han incitado á hacerlo, se mantendrían apartados del fuego.»

Hemos copiado estos fragmentos porque encierran elocuentes verdades. Las clases trabajadoras han de estar prevenidas siempre contra los que, empleando paradojas é hipérboles, les pintan un mundo ideal para el día en que triunfasen las ideas socialistas y anarquistas. Harto se ha demostrado adónde van tales hombres y á qué camino de perdición conducen doctrinas que sólo sustentan como medio para darse buena vida y para no trabajar, lo cual no saben ver los incautos por ellos seducidos.

* * *

Gran polvareda han levantado en Alemania las revelaciones del *Vorwaerts* (*¡Adelante!*), periódico socialista, sobre el empleo dado á los fondos gúelfos, por otro nombre fondo de reptiles. Este fondo, que asciende á diez y siete millones de thalers, se constituyó en 1867 bajo pretexto de indemnizar al rey de Hannover de la pérdida de sus bienes, mas en realidad de verdad con el fin de proporcionar al gobierno prusiano recursos con que recomensar los servicios de sus agentes secretos. El príncipe de

Bismark no tenía que dar cuenta del empleo de este dinero, y, por lo tanto, cuando en el año último se pensó en restituir los bienes al duque de Cumberland, sucesor del rey de Hannover, á nadie le extrañó que los tales fondos hubiesen disminuido considerablemente.

Según el *Vorwaerts* percibieron dinero de la caja gúelfa altos dignatarios, generales y otros militares, jueces, periódicos, individuos del Parlamento y funcionarios de Palacio. Esta revelación causó profundo estupor, y al ser negado el hecho, contestó el periódico socialista publicando una lista de recibos que varían de 3,000 á 60,000 marcos. Algunos de ellos están firmados por individuos del Parlamento: figuran también dos periódicos extranjeros. El *Vorwaerts* llama especialmente la atención hacia tres recibos de 35, 30 y 10,000 marcos, fechados en Junio de 1886, algunos días después de la muerte del rey Luis II de Baviera, recibos firmados por dos elevados personajes del servicio particular del rey de Baviera, y por un empleado subalterno que desempeñaba funciones íntimas cerca del desdichado monarca bávaro. El citado periódico no nombra á nadie, pero sus alusiones son tan transparentes, que los personajes han sido inmediatamente señalados con el dedo. Uno de ellos parece ser el ministro presidente bávaro, señor Lutz, que ha sido uno de los más decididos miembros del partido nacional liberal, y que se distinguió durante su mando por la enemiga que tenía á los católicos, á quienes persiguió y molestó cuanto pudo. ¿Qué habrá de realmente cierto en todo esto? El tiempo lo dirá, hemos de exclamar. Como es de suponer, el asunto está dando materia á larga discusión y lo utilizan los contrarios de Bismark para proseguir la guerra que de largo tiempo están llevando á cabo contra el famoso ex canciller del Imperio. El periódico oficial *Reichsanzeiger* ha negado la verdad de todo lo afirmado por el periódico socialista.

* * *

En Portugal se han abierto las Cámaras con discurso del Trono. Esperábase que en él se adelantaría algo respecto de los proyectos financieros que tiene redactados el actual gabinete portugués con objeto de levantar la abatida Hacienda de la nación. Nada se dice de ello en el discurso del Trono, según acontece siempre en tales documentos, reducidos á frases generales. Portugal mostró energía en el asunto de la Deuda, no cediendo á las exigencias de los tenedores extranjeros, ó mejor dicho, de los de París, puesto que los de Londres aceptaban ya lo propuesto por aquel ministerio. Entre dejar de pagar los intereses ó reducirlos por un espacio de tiempo más ó menos largo, los ministros portugueses optaron por lo segundo, conforme lo han hecho otras naciones. Las Cortes han de regularizar ahora la situación, aprobando ó rechazando los decretos de Hacienda y, en el último caso, estudiando otras soluciones. La crisis financiera sigue siendo grave en Portugal, porque alcanza á sociedades de crédito y á empresas de importancia. De ella se resintieron la Compañía real de los caminos de hierro portugueses, bancos de Lisboa y de Oporto, etc., etc., debiéndose también á la misma, por modo más ó menos directo, la suspensión de las grandiosas obras que se hacían en el Tajo, para el puerto de la citada capital, y en las que se ocupaban muchísimos brazos.

* * *

El 5 de Enero S. M. la Reina Regente firmó el decreto de disolución de las actuales Cortes. En breve, pues,

volveremos á pasar por un período electoral con todas las consecuencias propias de semejantes situaciones. Asunto sería ya de que los electores se hiciesen cargo de la importancia que tienen los cargos de senador y de diputado, y de que votasen para el Senado y para el Congreso personas de arraigo, que no especulasen con la política y que no acudieran al Parlamento como podrían acudir á un teatro para hacer gala de sus habilidades oratorias. Casi puede decirse que todo el mundo, con voz unánime, exceptuados los políticos de oficio, condenan el parlamentarismo y censuran por ende la representación nacional, tal como hoy se entiende, ó mejor, tal como hoy se practica por los muñidores electorales. Mucho tememos, empero, que en las próximas elecciones continúen los mismos vicios de antes y aun se acrecienten los abusos. Los vientos, por desgracia, no van, en las regiones en las que se teje y desteje en la política, por donde desearían cuantos quisieran ver establecido en España el verdadero sistema representativo, que fuese representación fiel de todas las clases de la nación y de sus nobles y patrióticas aspiraciones. ¿Será esto un sueño que no debamos ver nunca realizado? Lo cierto es que cada día nos apartamos más de tan hermoso ideal.

B.

Polvos y lodos

«... y si mi hijo se empeña en no seguir una carrera, le obligaré á aprender un oficio, porque no quiero que la ociosidad corrompa su juventud, y quiero dejarle un medio seguro de ganarse honradamente la vida. Hoy soy rico; pero ¿quién sabe si lo será él mañana?...»

(Carta escrita al autor por un padre de familia).

I



La primera vez que ví á Manolo H*** era yo muy niño: aún no contaba doce años, y me hallaba á la sazón huésped en casa de mi amigo Fernando, el más querido de mis compañeros de colegio. Tenía Fernando un hermano mayor, grande amigo de Manolo, y quiso un día llevarnos al magnífico *chateau* en que éste habitaba, para ver un soberbio león del Sahara que habían encerrado vivo en una gruta natural de su delicioso parque. Cuando llegamos á la lindísima explanada á que el *chateau* daba frente, vimos detenidos, ante la escalinata de mármol que daba entrada al torreón del Norte, varios carruajes, entre los que llamó mi atención una preciosa *cesta* tirada por cuatro jaquitas enanas, con arreos á la calesera, azules y plata.

—¡Ahí está Currito Pencas! exclamó Fernando al verla.

Y, batiendo las palmas de alegría, se tiró del coche de un solo salto.

Preguntéle entonces quién era Currito Pencas, y me dijo que un famoso torero, grande amigo de su hermano y de Manolo, que dirigía el Club tauromáquico de que ambos formaban parte.

—Y hoy van al cortijo de la Picota á escoger el ganado para la corrida del jueves, añadió sin tomar resuello. Mi

hermano mata, y Manolo pone banderillas... Yo no hago nada, porque soy chico; pero, cuando sea grande, pondré también banderillas, y no seré como ese tonto de Manolo, que nunca sale del *cuarteo*: yo daré también el *quiebro*... Y mira, ya me estoy dejando la coleta.

Y, al decir esto, me mostraba un rabito de pelo rubio como el oro, que, atado con un hilo, asomaba bajo el terciopelo de su gorrita escocesa. Yo comencé á reír y le tiré del rabito.

—¡Estate quieto! me dijo. Que se va á enterar mi hermano.

Y, pasando cariñosamente su brazo en torno de mi cuello, me preguntaba, mientras subíamos abrazados la escalinata de mármol:

—¿Y tú, no quieres ser torero?

—No, respondí yo gravemente. Quiero ser marino.

—¡Tonto! exclamó Fernando rechazándome lejos de sí. ¡Nunca tendrás entonces un coche y unas jaquitas como las de Currito Pencas!

Yo me encogí de hombros y seguí en pos del hermano de mi amigo, que, atravesando varios pasillos y una sala de billar, nos condujo á la estancia en que se hallaba Manolo. Era ésta una gran pieza rectangular, tapizada toda de rico cuero de Córdoba, con zócalo y artesonado de roble tallado; ocupaban los cuatro ángulos otras tantas armaduras completas, árabe la una con capacete ceñido por un turbante blanco, otra de Milán con adornos ricamente damasquinados y cincelados, y otras dos de mallas del siglo XIII. En las paredes laterales había otras cuatro panoplias, también antiguas, y sobre las dos grandes mamparas de cuero que daban entrada á la pieza se veían los retratos de un caballero con tabardo oscuro y la insignia de clavero mayor de Calatrava al cuello, y el de una dama de edad madura con el severo traje blanco y negro de las viudas del siglo XVII; tenía ésta á los pies una caja de ricas joyas y constaba en una inscripción, esculpida en el marco, que las había cedido para fundar un hospital en 1630. Componían el resto del mueblaje una sillería de roble tallado; una mesa, también de roble, con pies de tijera, cuya tapa la formaba una enorme tabla de una sola pieza, admiración de cuantos la veían, y dos de esos armarios del siglo XVI, primorosamente tallados é incrustados, que remataban en el escudo de armas de la casa de Manolo. Pero sobre aquel fondo de antigua y severa magnificencia había amontonado Manolo, el elegante de nuestra época, cuantos objetos pueden dar de sí las aficiones inconstantes, los caprichos de la moda y las extravagancias de gustos pasajeros.

Veíanse diseminados por donde quiera, no con ese bello desorden hijo del buen gusto artístico, sino con ese otro desorden hijo del despilfarro y de un carácter caprichoso en que la obra sigue siempre al deseo sin dar tiempo á la reflexión, bronce, porcelanas, armas y arreos de caza, floretes, pipas de todos géneros, fustas, látigos, instrumentos de música, cromos, acuarelas, fotografías de cantantes famosas y de escandalosas celebridades femeninas, y otros mil objetos artísticos ó extravagantes, esparcidos todos por las paredes, sobre los muebles, en *étagères*, colocados sin gusto ni concierto, y hasta arrojados por los rincones.

Formaban en uno de ellos un extraño trofeo varios estoques de matar y algunas lujosas banderillas, con una cabeza de toro en el centro, disecada y con ambos cuernos dorados. La armadura de Milán tenía terciado un capote de torero de raso encarnado; asomaba un cigarro puro por la visera de la celada, y parecía apoyarse en una ga-

rrocha de derribar vacas, que había mandado hacer Manolo con el asta de la lanza de uno de sus abuelos, muerto en Aljubarrota. A los pies de la dama del siglo XVII estaba el retrato de una bailarina francesa, llamada por sus admiradores *la hija del aire*; y por debajo de éste, encerrado en un rico marco dorado y en el centro de una corona de laurel de plata, había un zapato de raso blanco, reliquia de aquella notabilidad pedestre, á quien llamaba Manolo —¡á los veintidós años!—la última ilusión de su vida.

Una cosa llamó también mi atención de niño: sobre el escudo de armas en que remataba uno de los armarios del siglo XVI, y cubriendo aquella gloriosa cimera que adornó la misma Isabel la Católica con una corona condal, había colocado Manolo, el descendiente de aquella raza de héroes, ¡una montera de torero!

No sé si era esto casualidad ó era alegoría: es lo cierto que aquel pobre Manolo no añadió nunca á los timbres de su casa otra empresa que la de aquella montera, desconocida hasta entonces en la heráldica.

Cuando nosotros entramos, Currito Pencas, sentado á horcajadas en una lindísima silla de estilo Luis XV, que decían haber pertenecido al tocador de la Dubarry, y había comprado Manolo en Londres á precio exorbitante, tenía la palabra, y contaba á su auditorio su viaje á París para dar una corrida de toros, y el *disgustillo* que, según él, había tenido con Napoleón III, que ocupaba la presidencia. Era un hombre de unos cuarenta años, cuyas formas parecían modeladas por el cincel de Fidias: su rostro tenía esa vulgar corrección que se nota en los tipos hermosos de la plebe, no obstante reflejarse en toda su persona cierta gracia, cierta gallardía no exenta de dignidad, que le hacían simpático á primera vista. Vestía una chupa de terciopelo morado muy oscuro, y un chaleco bajo de lo mismo, que dejaba asomar la camisa ricamente bordada y cerrada con botonadura de gruesos brillantes; una faja de seda de vivos colores ceñía su cintura, y caía sobre ella una leontina de oro de grosor enorme, que bien hubiera podido costar media talega de duros.

Manolo estaba á su derecha, sentado en la mesa de roble, y rodeábanlos, unos de pie y otros sentados, hasta diez ó doce jóvenes, *crème* de los salones de la corte, al mismo tiempo que *mocitos crúos* del Club taumáquico.

—¡Sigue, Currito, sigue! exclamó Manolo, invitándole á reanudar su narración, interrumpida un momento á nuestra llegada.

—Pues naa, prosiguió Currito: too fué que ese Napoleón no tiene ni los diez y nueve reales cabales... (1). Ya me tenía hasta la moña con que si la corría ha de ser hoy, si ha de ser mañana, y yo mientras tanto aburrío en aquel París de Francia, too el día *olivares* (boulevards) arriba, *olivares* abajo, con más frío que un perro chino, porque se levantaba á las noches un fresquete, que le hacía á uno tiritá en francés. Llegó por fin el día de la corría, y aquello fué pa morir de risa, caballeros!... Parecía la plaza un tarrito de pomaa, y, á poco más, hasta los triperos me salen con guantes. En fin, caballeros, cuando salió el primer toro tocaron un *vigulín*...

Aquí estalló una explosión general de risas y palmadas, á que puso fin Currito Pencas, continuando:

—Maté el primer bicho con un volapié, que si lo llevo á dá en Sevilla... ¡caballeros!... se junde Triana, y las campanas de la Giralda repican solas!... Pero en aquella

(1) Para comodidad del lector, conservamos en lo posible, en las palabras de este personaje, la ortografía que corresponde al lenguaje del pueblo bajo de Sevilla.

tierra nadie entiende la afición; y sin que sonara un aplauso atravesé el redondé con los trastos en la mano, para hacerle la venera al palco imperiá. Allí estaba el señó Napoleón, más tieso que una estaca, y la Emperatrí, y el Príncipe Imperiá, y una piara de monsiures y madamas, tan secos y tan *filimicupistis*, que no parece sino que se mantienen con obleas por no engordar. La Emperatrí hizo una seña, y me mandaron subir al palco. El Napoleón se puso entonces los espejuelos, me miró de arriba abajo, y, ¡caballeros... ni que hubiera entrao el gato de casa! me volvió la espalda, y se puso á platicá con una vieja que traía en la cabeza una á modo de papalina blanca, y en la mano un soplaó de plumas, en vez del abanico de las jembras de po acá.—¿De qué campanario se habrá escapao esta lechuza? me dije yo, que en cuanto le eché el ojo le tomé tirria. Y luego supe que era la duquesa de la *Mota* (La Motte)... como quien dice, de los cuatro ochavos.

Aquel desprecio me irritó; porque le acababa de brindá el toro en francés y...

—¿En francés?... exclamaron varias voces. ¿Y cómo dijiste?... ¡Cuenta, Currito, cuenta!

—Pues le dije mu serio: «Brindo por *bú* (vous), y por la mujer del *bú*, y por el *bucesito* chico.»

De nuevo estallaron las carcajadas, y de nuevo las hizo cesar Currito, continuando:

—La Emperatrí, al fin como española que es, estuvo mu campechana. Me dijo que me había visto toreá en Granáa allá en años témporas y me encargó que guardara bien el cuerpo, no fuera á haber alguna desgracia. Y en esto salta la vieja del soplaó, y me dice con una cara de mirame y no me toques:

—¡Perrro usted sangrrra mucho al torro!...

—Pues si no quiere usted que lo sangre, le dije yo, mándele al méico y que lo mate con la *mepatía*... Yo no sé si me entendió, que yo bien recio se lo dije; pero es lo cierto que á la Emperatrí le entró tal risa, que hasta tos le vino.

Pues vamos á que mientras la madre reía y el padre platicaba, se viene á mí el Napoleón chiquetito, me coge por las borlitas de la chupa, y en español construío me dice al oído:

—¿Tú, me quierres dar á mí ese traje bonito?...

—Pues ¿no he de querer, prenda? Esta misma noche lo tienes en tu casa; le dije yo con el alma. Porque tenía aquella criaturita una carita de ángel, que parecía una mosqueta.

Y así fué: que aquella misma noche se lo mandé con dos chicos de la cuadrilla á las Tullerías, con un carté de letra muy fina, que decía:

Al príncipe imperial, Currito Pencas

Y por aquí le salió la pepita á la gallina, caballeros... porque á la otra noche me estaba afeitando pa ir á los Italianos, cuando se me entra por las puertas un Monsiú Coliflor (Colfleurí), que era chalán (chambellan) del Emperaó, más flaco que el San Jerónimo de Mayo.

—¿El señó Pencas? me dijo.

—Para servir á usted, amigo, le contesté.

Y sin salir de un ladrillo, me jizo entonces más de veinte cortesías... Empieza mi Coliflor con señó Pencas arriba, señó Pencas abajo, y que patatín, que patatán, saca cuatro billetes de á mil francos, y me los pone en la mano, diciendo que aquello me mandaba el Emperaó, en pago del traje que le había regalado al chiquillo.

—¡La sangre se me subió á la cabeza, caballeros!...

porque me pareció que me daba aquel hombre una guantáa en mitá de la cara!... ¡Venirme á pagar á mí con cuatro mil francos un regalo que hacía!...

—Tente, Currito, tente, me dije; que á éste hay que descabellarlo por lo fino. Y como si fueran de papel de estraza, tiro los billetes en la mesa sin mirarlos siquiera, y dígoles mu campechano:

—Siéntese usted, Monsiú Coliflor: vamos á echar un cigarro... Y saco la petaca de filigrana de oro que me regaló la Reina.

—¡Oh, qué linda alhaja! dijo el Coliflor.

—No es fea, contesté yo como si tal cosa. Esa me la regaló la Reina de España.

—¡Oh, señor Pencas!... ¡que usted quema el dinero!...

—No se apure usted, señó, le dije yo entonces; que todavía me quedan un par de onzas en el bolsillo para comprarle al Emperaó un organillo y un mico, por si quiere ir á España á ganarse la vida...

—¿Qué es lo que usted dice, señor Pencas?...

—Digo, por si usted no sabe, que Currito Pencas no es ningún ropavejero del Rastro, ni tiene ningún baratillo en las callejuelas de Regina. ¿Está usted?... Digo, que lo que Currito Pencas regala, lo paga la voluntad, pero no lo paga el dinero... y digo, que ni el Emperaó de Francia, ni el Emperaó del globo terraco, le sacan á Currito Pencas los colores á la cara. ¿Está usted, Monsiú Coliflor? ¿Está usted?

—Yo estoy espantado.

—Pues remójese la mollera con agua fresca, no le venga algún desmayo, dije yo volviéndole la espalda.

Y aquella misma noche reuní á la cuadrilla y tomamos el tren, diciendo desde la ventanilla: ¡Adiós, París!... ¡Te queaste sin Currito Pencas!

Currito Pencas calló, y el entusiasmo del auditorio llegó entonces á su colmo. Aquellos pulidos caballeros, entusiastas del París que llamaba Veuillot *Universidad de los siete pecados capitales*, se indignaron de que el París verdaderamente culto y elegante hubiese visto en su ídolo tan sólo un gitano garboso; la digna conducta de Napoleón fué considerada como un crimen de lesa tauromaquia contra aquel héroe del trascuerno, y la insolencia del torero como una arrogancia más caballeresca que la de aquel conde de Benavente que prendió fuego á su palacio, por haberse hospedado en él aquel Condestable de Borbón, traidor á su patria. Rodearon, pues, al torero aclamándole, y á los gritos de:—¡Bien! ¡Bravo! ¡Bien por Currito! ¡Viva Sevilla! ¡Eso es dejar bien puesta la bandera!—le levantaron, tal cual estaba sentado en la silla de la Dubarry, y le colocaron sobre la mesa.

—¡Pues claro está, caballeros! decía Currito desde lo alto de su apoteosis. Quien descabella seis toros tóos los lunes, bien puede descabellar á un Emperaó una vez en la vida...

Abrióse en aquel momento la puerta, y entró un negrito de unos quince años, vestido de librea verde aceituna, con una gran bandeja llena de botellas, platos y copas. Era el *groom* de Manolo, que traía el *lunch* para los señoritos.

Manolo mismo nos sirvió á Fernando y á mí algunas pastas y una copa de vino, y ordenó luego al negrito que nos llevase á ver el león preso en su cueva. Indudablemente estorbaba á la completa expansión de los señoritos la presencia de aquellos dos inocentes testigos. Mas Fernando, que no acertaba á separarse de Currito Pencas, se declaró en completa rebelión, y de tal manera chilló y

se resistió, que tuvo que acudir su hermano y sacarle á viva fuerza, y casi arrastrando, á la escalinata del jardín. Allí ordenó á su lacayo que nos acompañase á ver el feroz cautivo del Sahara, y nos llevase luego á casa en el tilburí que nos había traído.

A poco oíamos á lo lejos la preciosa voz de barítono de Manolo, que dominando á los gritos y á las carcajadas, cantaba al compás de las copas que chocaban, el famoso brindis de Maffeo Orsini en la ópera *Lucrecia*:

Il segreto per esser felice
Só io per prova, é l'insegno agli amici... (1).

Al oírle Fernando, apretaba los dientes de rabia.

—¡Si yo fuera el león, exclamaba, rompía la reja, y me comía á mi hermano y á ese farol de Manolo!...

Tuvo, sin embargo, que refrenar sus bríos y resignarse á subir conmigo al tilburí, mientras veíamos á la alegre cuadrilla subir á su vez en un breack, tirado por cuatro caballos que el mismo Manolo guiaba, y alejarse á trote largo, en dirección del cortijo de la Picota.

En el camino nos cruzamos con otros dos coches de alquiler, de cuyas cortinillas corridas salían estrepitosas risotadas de mujeres. El lacayo, que trataba á Fernando con harta familiaridad, le dijo, sonriendo de un modo extraño, una cosa que no entendí. Fernando le contestó otra de que tampoco pude enterarme, y se quedó luego muy pensativo. Yo, para distraerle, le volví á tirar de su incipiente coleta.

—¡Déjame! me dijo bruscamente: ¡no seas niño!

Y cada vez más pensativo, seguía con la vista á los dos coches, que en aquel momento tomaban también el camino del cortijo de la Picota...

¡Pobre Fernando!... Tres meses después murió en pocos días, sin que su madre permitiese al confesor acercarse á su cabecera.

—¿Para qué asustarle? decía. ¡Si es un ángel!...

¡Ah! no son ángeles, á los trece años, los niños que sus madres abandonan en manos de criados desde su más tierna infancia.

II

Así se pasaban los días de Manolo, cual una sarta de dorados cascabeles, alegres, ruidosos y vacíos, dando la ociosidad entrada á todos los vicios, prestándole la opulencia todas las seducciones y todos los refinamientos. Jamás le habían negado sus padres el menor de los gustos; jamás le habían contrariado el más leve de sus caprichos; y aquel natural inculto creció, por lo tanto, torcido, como una planta bravía abandonada en terreno salvaje, sin experimentar nunca la imperiosa necesidad que tiene el hombre de vencerse á sí mismo, sin comprender tampoco en las demás criaturas otro destino que el de servir á su egoísmo y satisfacer los goces en que cifraba el único fin de su vida; porque en esto, iba Manolo más allá del que dijo: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos.» ¡Manolo creía que no iba á morir nunca!

Murió al cabo su padre, y hubo que dividir en seis partes, por ser cinco las hermanas de Manolo, aquel caudal que se creía tan inmenso, y que apareció entonces mermado por las malas administraciones, y embargado en su mayor parte por esa polilla, hija del lujo, que carcome y arruina á las casas nobles: ¡las deudas!

Vióse entonces aquel brillante joven, que se creía po-

(1) El secreto para ser feliz, lo sé yo por experiencia, y lo enseño á los amigos.

deroso, heredero tan sólo de un corto caudal que aún no poseía, y sujeto desde su infancia á todas las torcidas exigencias de una educación opulenta y licenciosa. Vióse precisado por vez primera á lanzar sus miradas más allá del horizonte de caballos, toros y perros, salones, casinos y lupanares en que hasta entonces había vivido encerrado, y vió con sorpresa que tras de la opulencia llegaba la medianía, y que tras de la medianía podía venir la miseria. Ni por un momento pensó, sin embargo, en abandonar el lujo y el boato á que le habían acostumbrado sus padres. Pensó más bien, para sostenerlo, en efectuar con la hija de algún banquero ó comerciante rico uno de esos *matrimonios de conveniencia*, en que el yerno busca en las talegas del suegro un puntal de oro que sostenga la casa solariega que se derrumba, y el suegro en los pergaminos del yerno cierto polvo de antigüedad que encubra lo flamante de su arca. Mas, según la frase de Manolo, era la cruz del matrimonio el árbol de que se ahorca el marido; y, al llegar la hora de escoger árbol en que ahorcarse, le sucedió lo que á Bertoldo, que ninguno le pareció bastante á propósito.

Pensó entonces en dedicarse á la política, juego de albur en que todos pueden probar fortuna; mas su ignorancia y su falta de carrera le cerraban los caminos honrosos por donde se llega á altos puestos, y su inconstancia y su pereza, jamás vencidas, le cortaban esos otros caminos por donde la osadía conduce á la ambición, adonde rara vez logra la modestia colocar al mérito.

Mientras tanto el tiempo corría, y de tal modo corrían también los dineros de Manolo, que á los dos años había derrochado por completo la legítima heredada de su padre. Mas no por eso moderaba su boato ni cercenaba sus gastos: limitábase tan sólo á no pagar las deudas que por todas partes contraía, y de locura en locura, de bochorno en bochorno, de baja en baja, llegó por fin á vivir por completo de las pingües rentas de la poca vergüenza. Pedía dinero prestado; comía cada día de la semana en casa de uno de sus ilustres parientes; daba rodeos para evitar el encuentro de acreedores, como el peluquero y el perfumista, y empeñaba alhajas y hasta ropas para comprar el ramo de camelias que regalaba á la actriz de moda, ó satisfacer algún otro capricho semejante, en que le parecía ver un deber de sociedad ó una exigencia de su rango. ¡Cuántas amarguras no le costó, sin embargo, ahogar ese sentimiento de noble pundonor que existe siempre en el hombre bien nacido mientras no se encanalla! ¡Qué rubor cubrió su frente la primera vez que no pudo pagar una deuda que le exigían! ¡Qué vergüenza cuando tuvo que regatear por primera vez, en una casa de préstamos, los intereses de la alhaja empeñada! ¡Qué humillación cuando se oyó designar, entre las mismas personas de su círculo, con el apodo de *el joven de los siete cocineros*!

Ya Manolo debía hasta la camisa que llevaba puesta; ya se veía forzado á ahorrar las cuatro pesetas que le costaba un par de guantes, y aún no se había deshecho del coche y los caballos; aún no podía prescindir del abono en el teatro, y creía necesarios los mil gustos refinados que, por no haber aprendido nunca á prescindir de ellos, formaban en él una segunda naturaleza.

Encaminábase un día á paseo, guiando los caballos de su tilburí, con un lacayo á la trasera, que llevaba terciado al brazo el lindo bastón del señorito, con puño de malaquita. De repente se lanzó á los caballos, con un palo en la mano, un hombre del pueblo, roto y mal encarado, y detuvo con vigoroso empuje el trote del brioso tronco. Indignado Manolo, levantó el látigo al atrevido, sin reco-

nocer en él al infeliz carpintero del Club tauromáquico, á quien adeudaba tres mil reales, importe de sillas, picas y palos de banderillas. Mas el hombre saltó como una fiera al coche y, agarrando al elegante por el cuello, barbotaba furioso:

—¡Mis hijos se mueren de hambre y tú andas en coche!... ¡Paga, canalla, paga ó te estrangulo!

Y, al decir esto, la estaca del artesano se levantó en alto para medir las espaldas del señorito.

Aterrado Manolo, se arrojó por el otro lado del coche, y más atemorizado que confundido, más lleno de saña que de vergüenza, desapareció entre el círculo de curiosos que había rodeado al coche, mientras el carpintero gritaba:

—¡Tunante!... ¡Tramposo!... ¡En el centro de la tierra que te escondas te he de arrancar mi dinero!...

Este incidente llenó de temor á Manolo, y, para evitar que el feroz carpintero cumpliera sus amenazas, decidió pagarle su deuda. Mas ¿dónde encontrar aquellos 3,000 reales, mezquina cantidad, que era en aquel tiempo, para su agotada bolsa, una suma más que considerable? Preocupado con esta idea, se dirigió aquella noche á primera hora, con el fin de matar el tiempo, á casa de la condesa Z..., ilustre parienta suya, cuya hija única había de casarse de allí á pocos días. Encontró á las señoras en un salón morisco, á que daban entrada, por uno y otro lado, dos intercolumnios árabes, cerrados con amplios cortinajes de seda de Mogador.

Hallábase allí expuesto el *trousseau* de la novia, y varias otras damas, amigas y parientas de la condesa, contemplaban, criticaban y envidiaban aquel inmenso conjunto de preciosidades, valuado en dos millones de reales. Joyas, telas, ropas y objetos preciosos de todas clases hallábanse colocados en una especie de bazar que ocupaba todo el largo del salón, teniendo cada objeto una tarjeta en que constaba el nombre de la persona que lo había regalado.

Manolo saludó afectuosamente á aquella ilustre anciana, en que se hermanaban de un modo extraño la piedad y la firmeza, la dulzura y la prudencia. Su traje era negro, de seda, rico cual correspondía á su clase, severo cual cuadraba á sus años; sus cabellos blancos, sujetos con un gran peine de azabache, formaban gruesos bucles, que daban á su cabeza el airoso aspecto de un camafeo romano. Manolo saludó también á las otras señoras, y siguió con ellas pasando revista á las galas de la novia.

—¡Oh, qué cosa tan magnífica! exclamó una de las damas, deteniéndose ante unos encajes primorosamente colocados sobre visos de raso celeste.

—Este es el regalo de mi prima lady M***, dijo la condesa.

Y, dejando sobre el tapete un pañuelo blanco que tenía en la mano, desdobló los encajes.

—Estos, decía mostrándolos, pertenecieron á la Reina Ana Stuard: forman tan sólo los vuelos de unas mangas, y están apreciados en cinco mil duros.

—Pues no me parece muy delicado regalar una cosa ya usada, dijo remilgadamente una vieja llena de cosméticos y moños, que en todo encontraba faltas.

—Y á mí, sin embargo, me ha parecido este regalo más delicado que ninguno, replicó la condesa; porque estos encajes los regaló la Reina Ana á la bisabuela de mi prima, y, para que no salgan de la familia, los ha regalado ella á mi hija.

—Será lo que tú quieras, dijo desdenosamente la vieja; pero jamás me pondría yo desechos, aunque fuesen de una reina.

—Desechos son éstos, que más de una princesa los querría para adornarse, dijo con sorna la condesa. Pero, para que veas que mi pobre prima no regala tan sólo desechos, aquí tienes el complemento de su regalo.

Y, al decir esto, la anciana levantó con ambas manos un rico joyero de plata, en que se hallaban apiladas sin engaste, cual si fuesen avellanas, hasta un centenar de gruesas perlas de Guzarate.

—¡Pero esto representa un caudal! exclamó asombrada una de las señoras.

—Ni siquiera las he contado, dijo sencillamente la condesa.

Al oír esto Manolo, levantó vivamente la cabeza, y, atusándose el bigote, se puso á contemplar las riquísimas perlas, mientras la vieja de los moños decía despedhada:

—¡Claro está! Como su marido fué Virrey en la India, no le costaría mucho á la buena lady hacer pacotilla de perlas.

De nuevo iba á replicar la condesa; pero atajóle la palabra un lacayo, anunciando que esperaba una visita en un salón vecino. La condesa invitó entonces á las damas á permanecer allí con su hija, ó á venir con ella al otro salón en que esperaba la visita anunciada: todas optaron por lo último, y Manolo, que parecía preocupado, aprovechó la ocasión para despedirse.

—¿Te vas, Manolo? dijo la condesa, tendiéndole la mano.

—Sí, replicó éste; voy á dar una vuelta por el Círculo, y á oír luego *Los Hugonotes*... ¡Anoche estuvo Tamberlick delicioso!...

—Pero vendrás á comer mañana... Es miércoles.

—¡Ya lo creo! dijo Manolo.

Y, dirigiéndose á las otras damas, añadió riendo:

—¿Dónde encontraré un anfitrión como la condesa... y unas *cotelettes* como las de su cocinero?

La señora se echó á reír.

—Ya sabes, dijo, que la condesa-anfitrión es anfitrión inamovible, y que las *cotelettes* están vinculadas á los miércoles. Ya tiene orden el cocinero de que nunca falten.

—¡Pero esos son ya demasiados mimos!

—¿Y qué quieres, hijo? replicó bondadosamente la anciana. Mimar á los jóvenes es el gran placer de las viejas.

Manolo bajó lentamente el primer tramo de la magnífica escalera poniéndose los guantes; allí se detuvo y buscó algo, que no encontraba en los bolsillos del pantalón primero, y después en los de la levita: entonces volvió atrás, y entró de nuevo en el salón morisco, como si hubiese olvidado algo. Las señoras habían ya salido; y al verse solo, Manolo lanzó en torno suyo una mirada medrosa, acercóse rápidamente de puntillas al sitio en que estaban los encajes de la Reina Ana y las perlas de Guzarate; allí se detuvo mirando á todas partes azorado; dos veces extendió su mano trémula, y dos veces volvió á retirarla; de nuevo volvió á extenderla; y pálido, desencajado, temblándole las rodillas, cogió al fin del joyero cuatro de las ricas perlas. Una especie de grito ahogado y el crujido de un traje de seda sonaron en aquel instante al otro extremo del salón: el ratero volvió, aterrado, la cabeza, y vió moverse suavemente las cortinas del intercolumnio, como si acabasen de dar paso á alguien. Quedó el miserable por un momento inmóvil, cual la estatua del espanto, con la lengua pegada al paladar y los ojos extraviados fijos en el intercolumnio; lanzóse al fin á las cortinas y las descorrió violentamente. Nadie apareció;



ENSEÑANDO LA DOCTRINA

CUADRO DE JOSÉ BENLLIURE

sólo había en el suelo un pañuelo finísimo, marcado en una de las esquinas con una G y una corona condal. Era el mismo que había olvidado la condesa sobre el tapete, al desplegar los encajes.

Entonces se creyó Manolo perdido, y salió corriendo del salón; bajó á saltos la escalera, y sin cesar de correr atravesó calles y plazas, sin saber adónde iba, oprimiendo siempre entre sus dedos crispados aquellas perlas robadas, resonando sin cesar en sus oídos aquel grito ahogado y aquel crujir de sedas, apareciéndose á su imaginación extraviada los transeúntes que se cruzaban por todas partes, cual enormes letras que se combinaban de diverso modo, como si tuviesen vida, para producir siempre y tan sólo la palabra ¡ladrón! la palabra ¡ratero!...

Jadeante llegó al fin al puente D***, solitario en aquella hora; y encaramándose en un pilar, arrojó con furia á la turbia corriente del río las cuatro riquísimas perlas.

Entonces, por una de esas obcecaciones de la pasión, tan comunes en el hombre, el ilustre ratero se creyó seguro y se creyó absuelto, y dejándose caer en un banco del puente, respiró desahogado!

P. LUIS COLOMA.

(Concluirá).

¿Quién es ella?

CUENTAN de un corregidor,
nada bobo,
que siempre que al buen señor
denunciaban muerte ó robo,
atajaba al escribano
que leía la querella,
diciéndole:—¡Al grano, al grano!
¿Quién es ella?

Y como hombre procedía
de gran seso
quien tal actuación ponía
por cabeza del proceso;
que en vano más de una vez
se sigue al crimen la huella
por no preguntar el juez:
¿Quién es ella?

En todo humano litigio;—
¡no hay remedio!—
á no obrar Dios un prodigio
habrá faldas de por medio:
danza en todo una mujer,
casada, viuda ó doncella;
luego, el hito está en saber
quién es ella.

Si Adán perdió el Paraíso,
fué por Eva,
que probar vedada quiso
no sé si manzana ó breva.
Desde entonces con profundo
pesar pudo conocella;
desde entonces sabe el mundo
quién es ella.

Si ves hecho polvo al muro
que fué Troya,
merced al griego perjurio
y á su bélica tramoya,
suspende el fallo severo
entre esta nación y aquélla,
hasta que te diga Homero
quién es ella.

Si á Blas, no el lazo, la albarda
de Himeneo

sólo de su hacienda guarda
lo arrepentido y lo feo,
no preguntes: ¿cómo Blas
nació con tal mala estrella?
pregunta y acertarás:
¿Quién es ella?

Si en la calle siento ruido
de camorra,
y algún *quidam* mal herido
grita:—¿No hay quien me socorra?—
Requiescat digo al difunto,
doy paso al que le atropella,
y en la taberna pregunto:
¿Quién es ella?

Si ves postrado en el lecho
del dolor
á algún mozo de provecho,
no le preguntes, doctor,
qué reuma ó tabardillo
en su salud hizo mella;
pregúntale—es más sencillo—
¿Quién es ella?

Es un sexo amable, lindo..
Sí, una plata;
yo lo confieso... y prescindo
de la vieja y de la chata;
pero escamado y cobarde
digo ¡zape! á la más bella;
que temo saber ¡muy tarde!
quién es ella.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

Plantas y flores

I

HABLEMOS de plantas y de flores. Empecemos por lo primero, por las raíces. La raíz nutre la planta sirviéndose de diminutos chupadores, y con ser tan pequeños su fuerza es tal, que puede elevar una columna de mercurio á mayor altura que la presión atmosférica la eleva en el barómetro.

Las hojas son los pulmones de la planta, y la cola de la hoja se llama *pecíolo*, así como la cola de la flor *pedúnculo*. Si la flor tiene la forma de uva, de manojó ó de sombrilla, como les sucede á las de las zanahorias, á las de los claveles, á las de las lilas y á las de acacia, la pequeña cola que sostiene cada flor, tomada aisladamente, se conoce con el nombre de *pedicelo*.

Si se deshoja una flor de fuera hacia dentro, en un gran número de plantas, se encuentra primero el *cáliz*, parte de la planta que ha servido de envoltura al botón al empezar el desarrollo y que ahora se queda bajo la *corola* que la sostiene. Las hojitas de que se compone, á menudo verdes y otras veces coloradas, se conocen con el nombre de *sépalos*. Después del cáliz sigue la *corola* ó *cámara*.

Formada ésta de los más ricos tapices, puede decirse que es la *alegría de la planta*; de ella está orgullosa, y la más humilde hierba se cree, por la *corola*, hija amada de la naturaleza. Formada de mil modos distintos, ora semeja un suntuoso nido que parece labor de hadas; ora una barquilla aérea en la que los esposos son columpiados por una sílfide invisible. En ella ha desplegado la naturaleza toda su magnificencia. ¿Cómo es posible contemplarla sin conmovirse? Nos enseña de un modo elocuente, por medio de las delicadas y admirables atenciones y los cuidados con que rodea á aquellas humildes familias, el res-

peto que debe merecernos el hogar. Y no tan sólo colora á su gusto el nido vegetal, sí que también lo embalsama con los más exquisitos perfumes.

Las piezas de que se compone la corola se conocen con el nombre de *pétalos*.

En el interior de la corola se observan unos hilitos unidos por su base á los pétalos, que se llaman *estambres*, sobre los que se encuentra una especie de saquito ó tapón cubierto de polvo. El polvo que les envuelve es el *polen* ó materia fecundante; los sacos que le contienen se llaman *antenas*, y por último, en el centro se ve el *pistilo*.

Quítense á la flor su cáliz, su corola y sus estambres, y se observará junto á la base del pistilo una pequeña dilatación; es el *ovario*. Ábrase esta dilatación y se verán allí apuntar pequeños *huevos*.

El pistilo está abierto en toda su longitud. En su extremidad superior se nota una abertura que se llama *estigma*, por la cual se introduce hasta el ovario el polen ó polvillo fecundante. El largo hilo, á cuya extremidad se encuentra el estigma, ha recibido el nombre de *estilo*.

Si se quieren distinguir claramente todas las partes indicadas de una flor, tómese el lirio; excepción hecha del *cáliz*, que no se encuentra en aquella planta, es una de las más á propósito para estudiar la estructura de las flores. En ella se observa fácilmente:

1.º Que la cámara nupcial del lirio se compone de seis piezas ó pétalos; 2.º que los estambres, en número de seis, están llenos de abundante polvillo amarillento, y 3.º que el pistilo, muy grande en aquella planta, sostiene un estigma de tres labios.

Siempre que se observen reunidos los indicados caracteres junto con *raíces bulbosas*, se puede asegurar que la planta pertenece á la noble y brillante familia de las *liliáceas*.

Las *crucíferas* es otra familia muy conocida, predilecta de los temperamentos linfáticos; se reconoce en que se compone:

1.º De un cáliz de cuatro sépalos desiguales dos á dos; 2.º de una corola compuesta de cuatro piezas dispuestas en forma de cruz; 3.º de seis estambres, dos de los cuales son más pequeños que los demás, y 4.º de un pistilo grande y grueso, casi redondo, con sólo dos labios.

La gran familia de las crucíferas comprende las siguientes plantas, todas muy conocidas: el alelí, el berro, tan notable por sus propiedades diuréticas y depurativas; el tlaspi de los jardines, tan lindo por sus bordados; la viola matronal, la coclearia, la col, reina de las huertas; las nabas, el reponche, la colza, el nabo, compañero inseparable de la col en el puchero de los aldeanos; la lunaria, llamada así á causa de su gran cáscara redonda.

¡Qué número tan grande de plantas, célebres por su magnificencia ó por los continuos servicios que prestan á la humanidad, aliviándola, nutriendola y consolándola!

¿Hay algo más brillante, precioso y útil para todo el mundo, que las venerables *leguminosas*, entre las cuales se encuentran el guisante, las habas, las lentejas, alimentos de los pobres; el pipirigallo, la alfalfa, el trébol, alimentos de los animales; el cítiso, el espantalobos, el árbol de Judea, el altramuz, que Virgilio (difícil es darse razón de ello) lo apellidaba triste; la sensitiva, el índigo, por el cual hacemos los europeos tantos viajes á la India; el árbol del cachunde; por último, las plantas medicinales, gloria de la farmacia, el árbol de la goma arábica, el tamarindo, la casia y el sen?

* * *

Algunas plantas reúnen en la misma corola el pistilo y los estambres; en otras se hallan separados. Es verdad que á menudo nacen flores machos y flores hembras muy cerca unas de otras, en el mismo tallo algunas veces, hasta en la misma rama, pero no pueden tener la esperanza de unirse nunca, á menos que, columpiándolas, el céfiro les invite á ello. El avellano, cuya rama servía en otro tiempo á los magos, y la rastrera familia de las *cucurbitáceas* (melón, calabaza, cohombro), son plantas que ofrecen esta particularidad; cada una de ellas produce los dos sexos, pero en distinto sitio. En las licnidas, menos afortunadas todavía, no pueden macho y hembra crecer en una misma planta. La palmera de flores con pistilos nace á veces muy lejos de la palmera de flores con estambres; pero los insectos que á su alrededor aparecen van cargados de polen y la flor queda fecundada.

Y el que contempla aquel espectáculo, no puede menos que exclamar: «Moscas veloces, hermosos escarabajos, industriosas abejas, soñadoras cetonias, ¿es posible que contemple indiferente vuestros incesantes viajes por el aire? ¡Dulces mensajeras, evitad el paro, evitad la golondrina! ¡Ojalá podáis hallar durante la tempestad un árbol de espesas ramas donde refugiaros! ¡Evitad la araña, evitad el pérfido icneumon!»

Pero no todo es de alabar en la vida de los insectos: algunos abusan de sus privilegios. Contemplad el bonito clavel granate; en él veréis seis estambres y su pistilo de doble estilo y de doble estigma, perfectamente unidos. ¿Qué hacen en él los insectos? Depositar subrepticamente sobre el pistilo el polen de un clavel vecino de hojas blancas, y de esta mezcla resultan toda clase de matices. Esto explica en cierto modo la desconfianza de algunos vegetales, como, por ejemplo, el yaro, que se halla siempre al pie de los vallados vigilando, como un centinela, provisto de una maza y con aire amenazador. Y sin embargo, la familia del yaro, familia singular, compuesta de distintas agrupaciones de triste aspecto, permanece oculta en lo profundo de un impenetrable palacio. A cualquier hora del día se ve con sorpresa en el dintel de la puerta de aquel palacio, de pie, en una garita, aquel sombrío centinela. ¿Quiere destruir los insectos con la ayuda de su terrible maza? No, su misión es más siniestra todavía. Nadie ignora que gran número de moscas depositan sus huevos en los cuerpos en putrefacción; que una vez en ellos se convierten en gusanillos; que se nutren de aquellas sustancias y que luego sufren la metamorfosis... Pues bien; la maza de que está armado el yaro exhala un olor de carne corrompida, y tiene, además, el color de ésta, en vez de aparecer siempre fresca como todas las partes de los demás vegetales; algunas veces toma una temperatura superior á la del aire; la mosca, engañada por su instinto, deposita sus huevos en ella y allí perecen.

Otras plantas hay todavía que hacen la guerra á los insectos. La diónea, originaria de América, que se cultiva con curiosidad en invernáculos, presenta al mosquito un licor azucarado en la superficie de sus hojas; en cuanto el insecto, demasiado confiado, se aproxima y llega á tocar la superficie, la hoja se dobla violentamente por la mitad y le ahoga... Muerto el insecto vuélvese á abrir aquella hasta que se presenta otra víctima.

En cambio, ¡cuántos insectos atacan, devoran y envenenan las plantas! El terrible saltón y la langosta, que devastan la tierra; el gorgojo, las orugas y los pulgones.

Todo son complots y destrucciones en un mundo donde, sin embargo, el amor une á muchos seres.

* * *

Como ejemplo de *precaución inútil* en las plantas, tómese una flor de la familia de las *malváceas*,—que comprende desde la malva hasta el boabab, el mayor de todos los árboles conocidos;—en ella se podrá observar con qué cuidado tan extraordinario los numerosos estambres, formando una haz compacta, envuelven la hembra ó, mejor dicho, sus hembras; porque en esta planta el pistilo está compuesto de varios pistilos unidos. Pero para descubrirles, si la flor no es muy abierta, es preciso practicar una hendidura en la especie de tapón formado alrededor de aquéllos por los órganos masculinos. Acurrucadas debajo de aquellos guardianes impenetrables, se pudiera creer á las hembras perfectamente resguardadas de toda relación exterior. Sin embargo, nada más lejos de la verdad. Insectos armados con una trompa, ingeniosamente doblada en una envoltura oculta en el vientre, ó bien arrollada como el resorte de un reloj de bolsillo, aparecerán errantes con fingida inocencia por entre los estambres, llevando al parecer los perfumes de las flores vecinas.

Con facilidad puede hacerse esta observación en una malva-rosa ó malva-real, si es simple, porque debe estudiarse siempre con flores simples; las dobles no son otra cosa que flores degeneradas por medio de un cultivo especial, y privadas en todo ó en parte de los órganos masculinos.

E. N.

NUESTROS GRABADOS

Una canción

CUADRO DE TEODORO GRUST

Ein Lied, un canto ó canción, titula á este cuadro el artista que lo pintó. En algunas comarcas de Alemania tienen por costumbre las jóvenes del pueblo reunirse en la casa de alguna de ellas, las tardes de ciertos días, y pasarlas cantando á coro ó á dúo cantos populares, ora religiosos, ora profanos. Algo de esto hacen también las doncellas casaderas en algunas provincias de España, y en Cataluña, antes más que ahora, no era cosa rara, yendo por las calles de una aldehuella, oír las frescas voces de varias muchachas que cantaban al unísono alguno de los romances populares del Principado. El *lied* de Alemania tiene en su ritmo musical, melancólico y largo, algo de la *tonada* catalana, como lo hizo notar el insigne y malogrado Piferrer en uno de sus preciosos artículos sobre música. Uno de esos dulces y melancólicos cantos entonarían probablemente las dos hermosas jóvenes que inspiraron á Teodoro Grust. La delicadeza del tema la supo interpretar bellamente este artista, dando á su cuadro aspecto de realidad y sentimiento ideal al propio tiempo. Mucho de ideal tienen las finas cabezas de las cantoras y en la sencillez misma de toda la escena se advierte un deseo de evitar pormenores que den á la pintura carácter realista. En *Una canción* á los méritos de concepto hay que unir los de desempeño que se advierten en el grabado mismo que publicamos.

Enseñando la Doctrina

CUADRO DE JOSÉ BENLLIURE

En la sacristía de algún convento, que por las señales ha de contar antiquísima fecha, un fraile capuchino enseña la doctrina cristiana á niños que por sus tipos y por su aire dicen á las claras haber nacido en tierra de España. Es el padre uno de esos tipos ascéticos, que han pasado la vida en la predicación y en la enseñanza, entre ayunos y disciplinas; uno de esos tipos cuya sequedad angulosa de líneas viene suavizada y hermosa por un espíritu de caridad y paz cristiana que se transparenta en los ojos y en el timbre dulcísimo de la voz con el cual se aumenta la elocuencia de sus palabras. Bien conoce el padre capuchino qué trascendental importancia tiene para el niño aprender aquel librito, corto en páginas, rico en celestial doctrina, y de qué manera todo cuanto de él quede grabado en su inteligencia, blanda como la cera, ha de servirle más tarde, en las luchas y en las tentaciones de la vida para enderezar sus pasos, sus acciones y

sus dichos por el camino recto. Por esto el bondadoso fraile llena este ministerio con un celo, que los rapazuelos no pueden comprender en todo su valor, pero que no dejan de adivinar, sin embargo, sobre todo los más despiertos. Estos, y al par los mayores, escuchan la explicación atentamente; otros la siguen algo distraídos y no falta quienes la escuchan como quien oye llover. El pintor valenciano José Benlliure ha pintado con gran verdad el tema, ya estudiando con cariño la figura del fraile, que es por todo extremo noble y simpática, ya haciendo también un especial estudio de cada uno de los chicuelos, para imprimirles variedad y dar á cada uno la verdad en la actitud y en la expresión que verán nuestros lectores examinando el exacto grabado del cuadro que publicamos. El chico que está pronto á responder al padre es de una espontaneidad admirable y allá se van con él el cargado de hombros junto al arrodillado y el que más allá tiene los brazos cruzados y atiende como escolar aplicadísimo. Para caracterizar el lugar y para obtener á la vez brillantes efectos de color, ha puesto Benlliure un fondo con santos de estilo románico, semi-bizantino, que tendría entre los apuntes de su cartera de artista por haberlo encontrado probablemente en Italia ó en algún otro país extranjero, pues no creemos que se conserven en España pinturas de este carácter.



Una compañía de la legua, que trabajaba en el teatro de una ciudad de segundo orden, repetía, la noche del día en que ocurrió la historieta que voy á referir, una comedia muy vista y que nunca había gustado.

A las doce del día no se había expendido en el despacho un solo billete, siendo así que estaban encargadas todas las localidades del teatro para la noche siguiente, en que se ponía en escena una tragedia nueva, anunciada con mucha pompa, y de la que los actores habían tenido buen cuidado de hacer los mayores elogios, colocándola alguno de ellos al lado de las siete maravillas.

El autor de la compañía, hombre astuto y travieso, circunstancias que sin excepción concurren en cuantos ejercen igual empleo, pasó á ver al alcalde primero constitucional, con el objeto de obtener permiso para suspender la función anunciada.

—¿Qué se le ofrece? preguntó la flamante señoría, conocida fuera de los actos del servicio por el *tío Mateo*.

—Señor, contestó el autor, vengo con una pretensión...

—¡Ya! repuso el alcalde, será como suya; ¿no quiere la dama hacer el papel que le ha repartido el *director* de escena, porque debe vestirse á la *española antigua*, y tiene las piernas torcidas?

—No es eso.

—Será lo otro. Querrá la graciosa hacer el papel del barba, porque es más *fuerte* que el suyo... Qué tal, ¿acerté?... ¡Oh! yo las entiendo, y como se me atufen las narices...

—Pero, señor... Si V. S. se dignara oirme.

—V. S. se digna, contestó el alcalde humanizando el entrecejo al oír el tratamiento. Vamos á ver; ¿qué es lo que quiere?

—Que me permita V. S. suspender la función anunciada para esta noche.

—V. S. no permite. La función está anunciada y debe hacerse... Al hombre por el asta y al buey por la palabra.

—Cuando V. S. sepa las razones en que fundo mi petición, añadió el autor, que conocía el flaco del buen alcalde, no dudo un momento que se servirá V. S. decretarla favorablemente.

—A ver; explíquese.

EL PERRO VENGADOR



1. — Descuidando sus respectivos quehaceres, páranse en una esquina dos patronas para despellejar á sus huéspedes.



2. — Un estudiante — víctima como todos ellos de todas ellas — las sorprende en ocupación tan nefanda.



3. — «Vén aquí, Sultán; ha llegado el momento de hacer pagar cara á estas harpías su perversidad.»



4. — «Conque, quieto ahí y oído á la caja.»



5. — «La maledicencia ha llegado á su período álgido... ¡A mí, Sultán!»



6. — Y el perro vengador parte como un rayo tras su amo que prosigue impertérrito su camino.

—La compañía está sumamente atrasada, y si esta noche la obliga V. S....

—No hay remedio.

—Mire V. S. que á estas horas ni un solo billete se ha despachado todavía.

—¡Ah! no le dé á usted cuidado, dijo el alcalde, mandaré echar un pregón para que todos los ciudadanos de esta población concurran esta noche al teatro, bajo la multa de tres ducados. Eso sí, como hombre libre, soy decidido protector de las artes.

—Debo advertir á V. S. que esa medida es algo arbitraria.

—¡Arbitraria!... Renuncio á adoptarla. A ver, propóngame otra.

—Se puede decir que por indisposición de un actor...

—¡Negado!... El público los vería á todos buenos como otras veces en igualdad de circunstancias, y diría de mí que me había dejado sorprender, y una autoridad no debe ser sorprendida nunca. En fin, yo pensaré sobre ello, y por si no se me ocurre un medio de salir de este apuro, porque yo deseo servirle, échese también á pensar, y avísese conmigo en el palco de la presidencia antes de que empiece la comedia.

Llegó, en efecto, la hora señalada para dar principio á la función sin que el despacho de billetes se hubiese estrenado, y no habiendo en el teatro más que los músicos, el alcalde y su esposa (que como tenía entrada franca no faltaba una sola noche), subió el autor, como había quedado convenido, al palco de la presidencia, y después de haberse puesto á los pies de la señora alcaldesa, y de haberle ofrecido que al día siguiente irían las parejas de baile á su casa á bailar el bolero, se dirigió al alcalde y le dijo con mucho aplomo:

—Señor, ya encontré un medio que concilia los extremos. Si V. S. le adopta, se acredita de hombre de talento, y al mismo tiempo hace un gran servicio á la compañía, y por consiguiente al arte del que se ha constituido protector.

—¿Cuál es? ¿cuál es?

—V. S. sabe que el tifus hace los mayores estragos en esta ciudad, y por consiguiente nada tiene de extraño que...

—Más bajo, más bajo, dijo el alcalde, no oiga mi mujer que es algo bachillera; quiero llevarme toda la gloria que resulte de la idea que me va á sugerir, y que en ningún tiempo puedan decir que cedo á influencias extrañas.

El autor se acercó al alcalde y le estuvo hablando un rato al oído.

—Anúncielo, anúncielo, dijo éste restregándose las manos como un hombre que está satisfecho de sí mismo.

Despidióse el autor de la alcaldesa, y á los dos minutos apareció en el proscenio y dijo:

—De orden de la autoridad, y por indisposición del público, se suspende la función anunciada para esta noche.

Cierto labrador francés, á quien un hermano suyo, militar que servía en la Argelia, había conferido amplios poderes para la administración de sus bienes, un día preguntó cándidamente al escribano del pueblo:

—Diga usted, señor escribano, en virtud de estos poderes de mi hermano, ¿podría yo hacer su testamento en mi favor?

En 1846, el P. Lacordaire se dirigía al jubileo de

Lieja y tenía por compañero de viaje á un hombre de sociedad. Un viernes, al parar á cenar en una fonda, el dominico se contentó con hacerse servir una tortilla, mientras el otro comió de carne. Fuera por malicia ó por deseos de entrar en conversaci6n con el célebre predicador, el otro viajero llevó la conversaci6n á materias religiosas, y en particular á la cuesti6n de los misterios: y decía que él no podía digerir una religi6n que venía así á chocar con la raz6n humana, etc. El padre escuchaba. Cuando el otro hubo acabado, le dijo:

—¿Usted sabe cómo se hace una tortilla?

—Claro que sí.

—Haga el favor de decirme lo que hay que hacer.

—Se pone manteca en una sartén y se hace derretir.

—¿Y después?...

—Después se rompen los huevos, se les bate bien, y se les echa en la manteca derretida.

—Muy bien. Pero la manteca, ¿en qué estado se halla al ser echada en la sartén?

—En estado sólido.

—Y el fuego la liquida, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Y los huevos, ¿en qué estado se echan?

—En estado líquido.

—¿Y qué hace el fuego en ellos?

—Los cuece y los vuelve sólidos.

—He aquí, pues, dijo el padre, como el mismo fuego que liquida la manteca endurece los huevos: ¿cómo se comprende eso?

El otro calló, los presentes sonrieron y añadió el padre:

—De modo que usted, que no comprende una tortilla, quiere comprenderlo todo en lo que se refiere á Dios y á la Religi6n. ¿No ve usted que en todo hay misterios, hasta en las tortillas?

Contra los callos se recomienda la siguiente preparaci6n:

Extracto de cáñamo de la India.	5 partes
Ácido salicílico.	20 »
Colodión.	240 »

Se untan los callos con este preparado y desaparecen en muy poco tiempo.

Para obtener una excelente bebida refrescante se llena un frasco hasta el tercio con jarabe de naranja, y después acaba de llenarse hasta el cuello con ron. Una copita del licor resultante en un vaso de agua de la fuente da una bebida agradable y sana. Si uno está de viaje y desea un grog de excelente calidad, en vez de agua fría se usa agua hirviendo.

En tiempo de revoluciones ni el pobre está seguro en su probidad, ni el rico en su fortuna, ni el inocente de su vida.—Joubert.

Siempre que te advierten algún defecto, hazte cargo que nunca te dicen sino la mitad de lo que es.—Nicole.

Con orden y tiempo se encuentra el secreto de hacerlo todo y hacerlo bien.—Pitágoras.

Todo hombre instruido, virtuoso y útil es noble de hecho.—***

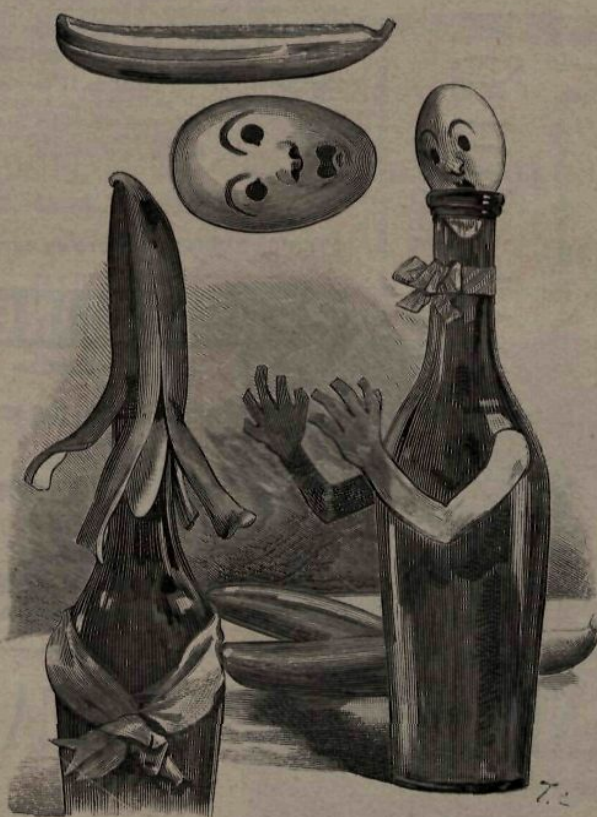
El reinado de la libertad también puede ser un sainete político representado por verdugos.—***



LAS BOTELLAS ANTROPOFÁGICAS

Ningún drama, entre los más espeluznantes, presenta más peripecias ni tan extrañas como las que voy á presentar, valiéndome de dos botellas y algún otro accesorio; el programa es variado y de terribles consecuencias para... un plátano y un huevo.

Se trata nada menos que de incendiar, asfixiar, estrangular, desollar, decapitar, y devorar por fin de fiesta. Colocando las dos botellas encima de la mesa, demos principio á la función. Antes de ella se habrá hecho



quemar en el interior de las botellas un poco de alcohol (1), tapándolas herméticamente mientras se consuma el incendio y se consume el oxígeno.

Se tendrá preparado un huevo duro, reblandecido en vinagre para que pueda ajustarse el polo inferior á la boca de la botella: en el huevo se pinta con tinta china una cara de *pierrot* lo más boba posible. Mientras tanto se rajará la epidermis á un plátano maduro, hasta un tercio de su longitud; en la esferoide de las botellas pueden pegarse brazos de cartulina más ó menos caprichosos, de modo que den á aquellas el aspecto de un personaje raro; hecho todo esto se destapará una botella introduciendo con la mayor rapidez posible el huevo blando por su polo inferior; colocado el huevo se situará con la misma destreza la parte de plátano, en donde empiezan las rajaduras, de modo que su extremo desnudo se adapte bien á la boca

(1) Basta echar con cuidado, para no lastimarse, un papel encendido dentro la botella.

de la botella. Hecho esto, cada personaje obrará por su cuenta; la cabeza del *pierrot* irá adelgazándose y tomando expresiones inverosímiles su fisonomía; la botella se devorará á sí misma la cabeza, sin poderlo remediar... hasta que caerá en redondo en el fondo de la botella, en tanto que el desdichado plátano sufrirá la desolladura más completa, mientras hace *flup flup*, como si esto pudiese causarle un placer desconocido; y nuestros dos personajes quedarán uno sin cabeza y otro sin piel, pero ostentando el plátano desnudo, apetitoso como siempre, y más limpio que nunca.

Es preciso apresurarse á cogerlo antes de que desaparezca también en el fondo de la botella, pues el mal ejemplo es contagioso y podría caberle al plátano la misma suerte que al huevo, prisionero en la botella. Este pequeño drama es muy divertido si se prepara bien, y enseña una vez más la fuerza de gravedad del aire que oprime al objeto de un modo irresistible cuando éste no tiene debajo otra cosa que el vacío.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

CA-RA-VAN-SE-ERRA-LLO

Solución al logogrifo numérico:

FAUSTINO

CHARADA

*Prima tres muy gordo es
y se come con delicia,
por más que sea injusticia
cazarle como una res.*

*Tercera es nota notada
como prima y como baja
y tiene la gran ventaja
de esperar una escalada.*

*Dos en doble es nombre al fin,
mas un nombre tan vulgar
que á médicos suele dar
tras del don, un fuerte din.*

*¿Por qué? la causa es sencilla;
en día tan señalado
se come tan sin cuidado
que al fin la salud se humilla.*

*El todo causa destrozos
al estallar en los mares,
y al saltar mueren á pares
los viejos como los mozos.*

ACRÓSTICO

AMALIA, ISABEL, LEONOR, CAROLINA, ELVIRA,
PAULINA, ANASTASIA, NARCISA

Formar con las primeras letras de los presentes nombres de mujer el de una provincia española.

Comunicado por R. M.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

NUEVO
DICCIONARIO DE QUÍMICA
POR EMILIO BOUANT

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

NOVÍSIMO

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

DE LA LENGUA CASTELLANA

EL MÁS COMPLETO EN SU CLASE DE LOS PUBLICADOS HASTA HOY

REDACTADO EN VISTA DE LOS DE

Dominguez, Salvá, Caballero, Roque Barcia, Fernández Cuesta, Rosa y Bouret,
Vélez de Aragón, y varios de los enciclopédicos más modernos

por el doctor

D. DELFIN DONADIU Y PUIGNAU

Catedrático de la facultad de filosofía y letras de esta universidad literaria

Este importante DICCIONARIO formará tres tomos de grandes dimensiones, repartiéndose por cuadernos de 24 páginas, ó sea de 72 grandes columnas cada uno al precio de 50 céntimos de peseta en toda España.

LA TIERRA SANTA

FOR
D. VÍCTOR GEBHARDT

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta.



Para Resfriados, Toses, Bronquitis, Mal de Garganta, Romadizo y Tisis Incluyente ningún remedio puede compararse al

Pectoral de Cereza Del Dr. Ayer,

El cual viene siendo desde hace mucho tiempo el expectorante anodino más popular y más eficaz en el campo de la Farmacia, y recibe por doquiera la recomendación de la Facultad Médica. Calma la membrana inflamada, desaloja las mucosidades irritantes, es un paliativo para la tos y descansa al enfermo. Como medicina casera para todo caso imprevisto, el Pectoral de Cereza del Dr. Ayer se lleva la palma

En Ambos Hemisferios,

Pues alivia y cura el garrotillo, la tos ferina, mal de garganta; y para todos las afecciones pulmonales á que están tan sujetos los jóvenes es inapreciable. Ninguna familia, para su seguridad, puede estarse sin el Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer & Co., Lowell, Mass., E.U.A. Lo venden los Farmacéuticos y Tráficantes en Medicina.

Pronto en obrar y seguro en curar

CRISTÓBAL COLÓN

POR JOSÉ MARÍA ASENSIO

Edición monumental.—Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.

BÉNÉDICTINE

De la Abadía

de FÉCAMP

LICOR

EXQUISITO et DIGESTIVO
SIN RIVAL

DEPOSITO: BURDEOS

108, cours du Jardin-Public



SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.